

Alfonso III de Portugal (fallecida en 1279); pero la hija de los Médicis, aunque gustaba de hacer alarde de sus parentescos regios, no se hacía ninguna ilusión sobre el éxito de sus gestiones y para ella la reivindicación de la herencia portuguesa no era sino un medio más para arrancar una concesión al rey de España. Cuando Felipe hubo sometido Portugal y se hubo hecho reconocer por las Cortes portuguesas, Catalina recogió á don Antonio y abrazó el partido de este infortunado pretendiente. Algunos embajadores se figuraron que quería hacerse ceder, á cambio de su apoyo, el archipiélago de las Azores y las posesiones portuguesas de la Guinea y del Brasil; pero sus cálculos eran muy distintos. Comprendiendo que no había que contar con la mano de Isabel, había formado el proyecto de casar á su hijo en España, y para atraer á Felipe II á sus propósitos, conveniale mantener la agitación en los Países Bajos y molestar á los españoles en su nueva conquista del Portugal. Su intención era terminar todas las contiendas con una boda, como en las comedias, y hacer dar al duque de Anjou, como dote, las ciudades de los Países Bajos que éste hubiese conquistado, y aun todos los Países Bajos. La política exterior de esta madre de familia está llena de combinaciones matrimoniales.

Por esto hizo firmar al duque de Anjou, en 1581, una declaración por la cual se obligaba, en el caso de que su madre consiguiese lo que se proponía, «á desistir por completo de sus empresas» y á restituir sus conquistas. El embajador de Francia en Madrid recibió orden de proponer el casamiento del duque con una infanta (carta de 23 de septiembre de 1581).

Enrique III, sin dejar de desautorizar la agresión, encargaba al señor de Puigallard, que mandaba las tropas reales, que se situara al lado del ejército de su hermano é impidiera que éste fuese atacado con ventaja por los españoles. El duque, bajo la protección de este lugarteniente del rey, envió á Cambrai las tropas que el monarca le había prohibido concentrar y que él había abandonado á las acometidas de las poblaciones.

El plan de Catalina, de haber sido seguido con perseverancia, tenía algunas probabilidades de prosperar. En la correspondencia de Felipe II con el cardenal Granvela se ve que el rey de España no rechazaba la idea de un arreglo; pero la consecuencia era la cualidad de que más faltos estaban los Valois. Enrique III gastó en las bodas de Joyeuse 1,200.000 escudos que hubieran podido servir de mucho en Flandes. El duque, obligado á retirarse á Le Catelet (septiembre), creyó ser más afortunado en Inglaterra y fué á juntarse con Isabel, la cual, ruborizándose como una joven virgen, le dió el anillo nupcial (22 de noviembre de 1581); pero como el amor iba en ella complicado siempre con cálculos políticos, quería que antes de la boda Enrique III pactara con ella una alianza ofensiva. Sin embargo, el rey de Francia, que no tenía ganas de reñir gratuitamente con España, aplazó la alianza para después de la boda, y á su vez Isabel aplazó los desposorios.

En Belle-Isle se había formado una flota, á las órdenes de Strozzi, que hizo rumbo á las Azores á fin de quitarlas nuevamente á los españoles que acababan de desembarcar en ellas. El marqués de Santa Cruz, uno de los grandes marinos de la época, acudió presuroso con la escuadra española. Aunque sus fuerzas eran muy

inferiores, Strozzi no quería huir y atacó, pero fué hecho prisionero y arrojado al mar por orden de Santa Cruz; de sus buques, muchos huyeron sin combatir (26 de febrero de 1582). Los proyectos de la reina madre habían fracasado.

Igual fracaso sucedió en los Países Bajos. Una escuadra inglesa había desembarcado en las costas de Zelandia al novio de la reina, que el 19 de febrero de 1582 hacia su entrada en Amberes; pero las provincias del Norte, que eran protestantes, no tenían simpatía alguna á ese príncipe católico cuyos recursos eran casi nulos y que constituían más bien una carga que un apoyo para el país, y muy pronto tuvo aquél en contra suya á la misma población que le había llamado. Entonces, según parece, le aconsejaron desde Francia que se apoderase de algunas ciudades á fin de poder hablar como señor y dueño á aquellos burgueses, y á este efecto Catalina se procuró dinero y reunió diez ó doce mil hombres de infantería francesa y suiza y mil quinientos caballos, que puso á las órdenes del mariscal Biron, militar excelente. Este ejército francés acampó junto á Amberes y muchos hidalgos se alojaban en la ciudad misma. El duque de Anjou, á pretexto de pasar una revista, salió seguido de un brillante cortejo, y las puertas, abiertas para él, ya no volvieron á cerrarse, pues sus soldados pasaron el puente levadizo gritando: «¡Ciudad tomada! ¡Mata, mata!» Los militares, sin embargo, tuvieron tiempo de armarse y de tender las cadenas, y desde lo alto de las casas, las mujeres y los niños lanzaron una lluvia de proyectiles sobre los asaltantes, los cuales, al verse atacados por todos lados, emprendieron la fuga, logrando unos pocos saltar las murallas y siendo la mayoría asesinados por aquellos habitantes (17 de enero de 1583). Ataques análogos se intentaron en todas las ciudades de los Países Bajos que tenían una guarnición francesa, pero únicamente tuvieron éxito los de Dunkerque, Termonde y Dixmude.

La indignación producida por esta perfidia acabó de matar la causa francesa: la «furia de Amberes» despertó el recuerdo de la matanza de San Bartolomé y las ciudades se negaron á servir de residencia á aquel príncipe felón que hubo de retirarse á Dunkerque (abril de 1583), de licenciar á casi todo su ejército y de entregar las plazas de que se había apoderado para recobrar los prisioneros de Amberes.

A cada nuevo esfuerzo veía el duque demostrada su impotencia, viéndose reducido á retroceder de Dunkerque á Abbeville, de Abbeville á Cambrai, su primera y única conquista, y de Cambrai á Chateau-Thierry (octubre de 1583). El despecho agravó la tisis que desde hacía tiempo le minaba; moríase como Carlos IX y de la misma enfermedad, pero hasta su último momento conservó la esperanza de regresar á los Países Bajos.

La reina madre había conseguido reconciliar á los dos hermanos, y los Estados generales, acosados por los españoles, recurrían una vez más á la intervención francesa; ante la magnitud del peligro, no rechazaban ya la idea de una anexión á Francia, ofreciendo á Enrique III, si quería ayudarles, dos de sus plazas fuertes como base de operaciones, y consintiendo en que los Países Bajos quedaran unidos á la corona de Francia si el duque de Anjou moría sin hijos (25 de abril

de 1584). Mas el duque no se hallaba en estado de ir á socorrer al príncipe de Orange, y murió en 10 de junio de 1584), dejando á su hermano la ciudad de Cambrai, único premio de la política equívoca de Enrique III y compensación única de los gastos y de los esfuerzos que habían irritado á los pueblos y promovido un descontento temible. Los Valois no habían sabido ni olvidar ni conquistar aquellas provincias de los Países Bajos que recurrían á su protección; la ambición les había tentado, pero el miedo les detuvo. La muerte del duque de Anjou puso término hasta á las veleidades de engrandecimiento, y Enrique III abandonó todo proyecto de intervención.

Pero, en aquel mismo momento, Felipe II, dueño de Portugal, preparaba las represalias.

CAPITULO IV

MALAS COSTUMBRES Y MAL GOBIERNO (1)

I. El último Valois. — II. Reglamentos y Ordenanzas. — III. Administración financiera. — IV. Pobreza del pueblo y riqueza de los arrendatarios de contribuciones.

I.—El último Valois

La naturaleza había dotado á Enrique III de las cualidades más diversas y más raras: Amyot, que fué su preceptor, atestigua el ardiente deseo de aquel niño «de aprender y oír todas las cosas altas y grandes.» Tenía la pronta comprensión de Francisco I y además «la paciencia de escuchar, de leer y de escribir, cosa que no tenía su abuelo;» y poseía dos idiomas, el toscano y el francés. Corbanelli, un desterrado florentino que su madre le puso al lado como lector, era un erudito de mérito que había editado el *Corbaccio* de Boccaccio y el tratado de Dante, *De vulgari Eloquentia*, y que era capaz de enseñarle á fondo el italiano.

(1) FUENTES: *Lettres de Catherine*, II y V. *Mémoires-journaux de L'Estoile*, I y II. Guessard, *Mémoires de Marguerite*, «S. H. F.» D'Aubigné, *Histoire universelle*, V-VIII. Brantome, *passim*. D'Aubigné, *La confession de Sancy*, ed. Reaume y de Caussade, II, 1877. Du Verdier, *Prosopographie*, 1605, III. *Les diverses Oeuvres de l'illustrissime cardinal Du Perron*, 1622. Michiels, *Oeuvres de Desportes*, 1858. Tommaseo, *Relations des ambassadeurs vénitiens*, «Coll. Doc. inédits», 1838, II. *Procès-verbaux des Assemblées générales du clergé*, 1767, I. *Registres des Délibérations du Bureau de la ville de Paris*, VII, p. p. Bonnardot, 1893. Robillard de Beurepaire, *Cahiers des Etats de Normandie sous le règne de Henri III*, 1887, I. *Le secret des finances de France découvert et départi en trois livres par N. Froumentau*, 1581. Fontanon, *Les Edits et Ordonnances des rois de France*, 1611. Du Haillan, *De l'estat et succes des affaires de France*, 1609. *Code Henri III*, publicado por Charondas le Caron, 1606. (Mayer), *Des Etats généraux et autres assemblées nationales*, 1789, XV. *Archives curieuses*, X. Pedro Matthieu, *Histoire de France de François I à Louis XIII*, I, 1631. Escipión Duplex, *Histoire de Henri III, roi de France et de Pologne*, 1633.

OBRA DE CONSULTA: Fremy, *Origines de l'Académie française*. *L'Académie des derniers Valois*, 1887. Ludovico Lalanne, *Brantome, sa vie et ses écrits*, 1896. Luis Clement, *Henri Estienne et son œuvre française*, 1898. Noel Valois, *Inventaire des arrêts du Conseil d'Etat sous Henri IV*, I, 1886, introducción. Robiquet, *Paris et la Ligue*, 1886. Picot, *Etats généraux*, III, 1888. P. Richard, *Pierre d'Epinaac, archevêque de Lyon*, 1573-1599, 1901. Clamageran, *Histoire de l'imprimerie en France*, 1868, II. Pigeonneau, *Histoire du Commerce de la France*, II, 1889. Weill, *Les Etats de Bourgogne sous Henri III*. «Extrait des Mémoires de la société bourguignonne de Géographie et d'Histoire», IX.

Había nacido orador; hablaba sin afectación ni pedantismo, con soltura y facilidad; tenía una sonrisa encantadora y una voz dulce y cariñosa; era de bien proporcionado cuerpo, y su actitud, digna y sin altanería, agradaba sin dejar de imponer.

Es evidente que se complace en el placer de bien decir, y abandona sus deberes de rey para atender á la cultura de su inteligencia. A su regreso de Polonia, se dedica al estudio del latín, que había descuidado en su juventud; se hace leer y explicar por Corbinelli y por Del Bene, otro italiano, Tácito, Polibio y Maquiavelo, y encarga á Amyot un tratado de las reglas de la elocuencia real. Ningún otro Valois es más digno que él del título de protector de las letras y de las artes: católico ferviente, protege al ilustre cacharrero Bernardo de Palissy y al gran filólogo Enrique Estienne, ambos hugonotes; y no es un simple banquero de la república de las letras, sino que es un buen juez del valor de las obras. Subvenciona regimiento á Desportes, el cantor de sus amores, pero aprecia también las obras más vigorosas y más sanas de los escritores de la corte de Navarra, Du Bartas y D'Aubigné. A diferencia de Carlos IX, que tenía pretensiones de poeta, siéntese inclinado más bien á la filosofía, á la historia y á las ciencias y procura que á sus gustos se adapte la Academia fundada por su hermano que se ocupaba de poesía y de música, haciendo que en ella se traten, en su presencia, temas de filosofía moral, como «De las pasiones del alma y cuál es la más vehemente,» «De la alegría y de la tristeza,» «De la ira,» «De la ambición.» Los poetas como Ronsard, Desportes y Jamyn, se ejercitan en el arte nuevo para ellos de la dialéctica y el rey les hace contender uno con otro discutiendo el mismo tema y defendiendo sucesivamente la tesis y la antítesis. La Academia debatió extensamente si la preeminencia corresponde á las virtudes morales ó á las intelectuales. Enrique se propone volver á los tiempos de Cosme el Antiguo y de Lorenzo el Magnífico, reproducir en el gabinete del Louvre las pláticas de la villa Careggi y del palacio de los Médicis, dar á otro Landino la ocasión de escribir otros diálogos platónicos y de examinar nuevamente «cuál de las dos vidas es superior, la activa ó la contemplativa;» y en medio de estas discusiones interesantes olvida la ambición de su hermano, las intrigas de los Guisa, el furor de los partidos, su corona comprometida y su reino en peligro. Es un intelectual á quien repugna la acción.

También los placeres le distraían de los negocios. Había pasado su juventud entre las doncellas de honor de Catalina de Médicis, adulado y mimado por las ninfas del escuadrón volante. El embajador de España, Francés de Alava, en una memoria dirigida á Felipe II en 1570, lo representaba «rodeado siempre de mujeres; una le mira la mano, otra le acaricia las orejas, y así pasa una buena parte del tiempo.» Con este roce de todos los momentos su sensibilidad habíase sobreexcitado y se había afeminado por completo, pegándosele de sus compañeras la necesidad irresistible de la murmuración, las sensaciones vivas, la facilidad de las lágrimas, los sobresaltos y las acuidades y los delirios de la pasión. Sus amores son de gritos y de lágrimas.

Cuando joven había amado, entre otras muchas, pero

más que á las demás, á María de Cléveris, princesa de Condé, que le había correspondido, pero que, al reconciliarse con su esposo, rompió con él y se negó á recibirle á su regreso del sitio de la Rochela. Enrique trató de reconquistar el corazón de su amante por mediación de la duquesa de Nevers, hermana de ésta, á la que escribía:

«Señora, estoy más aburrido que nunca y os suplico, por cuanto sois mi amiga y conocéis cuánta afección tengo en serviros, que pongáis el orden que sabéis me es necesario. Os lo pido con las lágrimas en los ojos y juntas las manos. Ya sabéis lo que es amar. Juzgad si merezco ese trato de la señora nuestra amiga... Si recibo esta indignidad después de la promesa que me ha hecho, me sentiré tan mal acogido por ello que la justa causa que tendré me servirá para no serle nunca más amigo, porque para esto renegaré de todo, tanta es la rabia que tengo. Os juro que hay horas en que los ojos no se me secan. Apiaaos de mí.»

Y en una carta que desde Polonia escribía al señor de Nançay decía hablando de ella:

«La quiero tanto, ya lo sabéis, y debéis darme noticias de su suerte para llorarla como lo hago; nada más diré de ello porque los amores son ebrios.»

Cuando regresó de Polonia, proponíase, según se dijo, hacer declarar el divorcio de María de Cléveris y casarse con ella; pero antes de que llegara á París, la princesa moría á consecuencia de un parto. Su desesperación fué violenta; «estuvo más de ocho días gritando y llorando y queriendo que todo atestiguara su dolor, presentábase en público cubierto de distintivos fúnebres, con pequeñas calaveras cosidas en los cordones de las calzas y en las cintas de los zapatos. Pero estos dolores desmedidos no son eternos. La reina madre, inquieta por el estado de su hijo, preguntó al gran maestre del guardarropa, Souvray, si el joven rey «llevaba encima alguna cosa de ella que renovase en él aquel recuerdo;» y habiéndole aquél contestado que sí, que llevaba una cruz y unos pendientes, Catalina hizo desaparecer tales objetos é inmediatamente el remedio produjo efecto «como si se tratara de la sortija encantada de Carlomagno,» según frase del historiador Matthieu.

Entre los refinamientos sentimentales aumentaba la exaltación religiosa, hasta el punto de quejarse Catalina de que el rey pasaba demasiado tiempo en los Jesuitas de Avignón. Las prácticas ordinarias de la devoción no le bastaban; en todo buscaba lo excesivo. En el Mediodía, en donde la religión es más expresiva, existían cofradías de penitentes compuestas de hombres de todas edades, categorías y condiciones, y que se distinguían unas de otras por el color de las cogullas, que eran blancas, encarnadas ó azules. Este aparato y sus procesiones nocturnas impresionaron de tal manera al rey que quiso afiliarse en aquéllas, haciendo lo propio los cortesanos, incluso el rey de Navarra, ese camarada alegre. Más adelante Enrique III introdujo en París estas asociaciones, la más célebre de las cuales fué la cofradía de los penitentes blancos de la Asociación de Nuestra Señora, que celebró su gran procesión el Jueves Santo de 1583, paseándose durante toda la noche por las calles «con gran magnificencia de luces y excelente música.» Los cofrades iban por parejas

y vestidos de tela blanca de Holanda; todos los favoritos se habían alistado y algunos se disciplinaron hasta hacerse saltar la sangre.

Estas devociones alternaban con los excesos del carnaval; por esto los párrocos de París y los predicadores tenían motivos más que suficientes para clamar contra tales escándalos. «¡Ah, desgraciados hipócritas!, exclamaba Poncet en Nuestra Señora. ¡Conque os moáis de Dios por debajo de la máscara y lleváis, por el buen parecer, un látigo en vuestra cintura!» En el rey no había tal hipocresía, pues su sinceridad es indudable; lo que había era un desconocimiento absoluto del verdadero espíritu cristiano, el deseo de satisfacer á Dios y á su conciencia con demostraciones, sin transformar el corazón.

El último Valois no se parece ni á sus antecesores Francisco I y Enrique II, ni siquiera á su hermano Carlos IX, y Francia se asombró y aun se escandalizó de la diferencia. La nación había amado y admirado, á pesar de sus vicios ó tal vez á causa de ellos, á aquel coloso alegre, Francisco I, gran cazador, gran bebedor, gran libertino; Enrique II, aunque menos violento en sus placeres, era como su padre aficionado á los ejercicios físicos, el salto, la carrera, y ponía tanto entusiasmo en justar y en romper lanzas, que al fin encontró en ello la muerte. Toda la nobleza se dedicaba á estos juegos violentos y gastaba en ejercicios furiosos el exceso de vida que la animaba. Es preciso ver en Tannes las locuras de aquellos jóvenes que saltaban de un tejado á otro por encima del abismo de las calles y se mataban arrojándose unos á otros desde las ventanas enormes cofres. Carlos IX perseguía durante varios días la caza en el fondo de los bosques, batía el hierro como un herrero y tocaba el cuerno hasta romperse el pecho. El contraste con Enrique III era sorprendente: éste, el día de su coronación en Reims, cuando el sacerdote le puso la corona en la cabeza, quejóse de que le hacía daño; y el día de la coronación de la reina se levantó tan tarde y pasó tanto tiempo en emperejilar á su esposa, que fué preciso decir la misa por la tarde y suprimir el *Tedum* porque la noche se venía encima. En plena guerra civil, cuando había de combatir contra los hugonotes y contra su hermano el duque de Alenzón, jefe de los descontentos, ocupábase con toda gravedad «en restablecer en las iglesias de París los oratorios ó altares... Va en coche con su esposa por las calles y casas de París, cogiendo los perrillos graciosos que á él y á ella les agradan; y también va por los monasterios de monjas de los alrededores de París para hacer igual requisa de perrillos con gran sentimiento y disgusto de las damas á quienes pertenecían aquellos animalitos. Se hace leer la gramática y aprende á declinar.» El rey, dice el Diario del duque de Nevers, ha vuelto á ponerse los pendientes que había abandonado desde hacía bastante tiempo; el rey, dicen las memorias diarias de L'Estoile, corre la sortija disfrazado de amazona. Gustábale vestirse con trajes de mujer y adornarse y enseñar el seno como una dama de la corte. ¿Es de extrañar que esos disfraces escandalosos provocaran en la burguesía y en el pueblo de París comentarios afrentosos?

Y daba mayor fundamento á la calumnia el hecho de haber elevado á la dignidad de favoritos á algunos jó-

venes de su edad, guapos y bien formados. Los escritos de la época denuncian estas relaciones equívocas: D'Aubigné, en la *Confession de Sancy* y en sus *Tragiques*, ha difamado las costumbres del último Valois; y las mayores vergüenzas se ostentaron amparadas por el favor real. El «amor filosófico y sagrado,» como se llamaba al amor inmundo, tuvo sus panegiristas en el Louvre como los había tenido en otro tiempo á orillas del Iliso, y los poetas lo cantaron é idealizaron.

Esta perversión de los sentidos destruyó en Enrique III toda virilidad: cuando retumbaba el trueno, escondíase en los sótanos del Louvre y se echaba á temblar y á llorar aterrado por el miedo á la muerte y por el temor del infierno; y para conjurar la cólera celeste, se le ocurrió la idea de ponerse un hábito de franciscano, convencido de que con este traje sagrado podía entregarse impunemente á sus vicios.

La Francia del siglo XVI, apasionada y feroz, libertina, pero llena de virilidad, contempló el espectáculo de aquel rey y de aquellos favoritos con la cara cubierta de afeites, rizados y más emperifollados que mujeres. Los placeres como las devociones denunciaban la influencia extranjera; Italia exportaba sus desterrados, sus banqueros, sus artistas y sus costumbres, y estos emigrados causaron impresión en Francia, como lo prueba la afición dominante de la época á la lengua y á la literatura de su país. Las personas que se preciaban de constituir la sociedad del buen tono y los cortesanos mezclaban en su francés palabras y giros tomados del italiano, lo que motivó que Enrique Estienne publicara en 1578 contra la moda del tiempo sus *Deux Dialogues du nouveau langage français italianisé et autrement deguizé* («Dos diálogos del nuevo idioma francés italianizado y de otro modo disfrazado»). Las impresiones que desde su niñez recibió Enrique III fortalecieron aún más las inclinaciones y, por decirlo así, la naturaleza que había heredado de su madre. La nación no se reconoció en su monarca; los libelos se publicaron con verdadera profusión, y la imaginación popular dió crédito á todos los cuentos. Ninguna familia ha sido tan atacada como la de los Valois; las acusaciones de incesto y de parricidio abundan en los escritos de la época, en los sonetos, sátiras, folletos y disertaciones; y hasta el sermón sirvió para hacer al rey odioso á sus súbditos antes de armar contra él el brazo de Jacobo Clement.

Enrique III fué víctima de sus vicios: conservó una inteligencia muy despierta y hasta el sentimiento de sus deberes de rey, pero acabó de perder la afición á los negocios y la facultad de dedicarse á ellos, formando un lamentable contraste sus buenas intenciones y su impotencia. De vez en cuando sentía deseos de obrar bien; así por ejemplo, en 1586, después de doce años de reinado, se indigna de que los miembros de su Consejo despachen los asuntos sin consultarle.

«En suma, escribíales, no quiero que se despache nada de todos los artículos generales... sin que yo haya firmado ú oído bien. Ya sé que esto me dará trabajo, pero tengo demasiada edad para tener otra principal ocupación, que es de tener treinta y cinco años cumplidos y enteros con una resolución de querer llevar más que nunca mis asuntos y conocerlos hasta en lo más insignificante... He estado largo tiempo fuera, (lo) que me ha

durado demasiado. Voy á ponerme á la tarea que me será asaz grata si puedo servir, como espero hacerlo, para sostener la gran carga y evitar que nos aplaste...»

Sus pretensiones hacen sonreír y sus confesiones de impotencia inspiran compasión.

«Villeroi ¿hablaré libremente? Sí porque me dirijo á un servidor mío muy afecto y obligado... Si hubiésemos emprendido la vía saludable (preciso es que la llame así) con el valor que era necesario y se requería, no guardando consideraciones sino allí donde debían guardarse y sin temor ni connivencia á respetos indignos y muy perjudiciales, nos encontraríamos, dado el hermoso camino que la divina Providencia nos había preparado, en situación completamente distinta de la en que nos hallamos y en que caeremos cada vez más... Hubo un rey en Judea, no sé si Roboán ú otro, que se perdió por mal consejo; Dios guarde de ello al rey de Francia... (El reino de Francia) ha hecho en el pasado resistencia á España y á todos los que quisieron meterse en ello; pero fué cuando había unidad de opiniones, cuando estaba reconocido el cuerpo del Señor, como tal cual es, por toda la Francia, cuando las parcialidades no habían tomado el incremento que hoy tienen, cuando el rey nada debía, antes al contrario tenía dinero en la bolsa, ni (imponía) subsidios nuevos y muy gravosos para el pueblo, ni dejaba que se los comieran sin agitarse, como lo ha hecho nuestro hijo y hermano el duque de Alenzón de un modo tan horrible que todo clama por ello venganza ante Dios con justo motivo. Y, como digo, el rey tenía entonces la benevolencia de sus súbditos; pero aquel tiempo, miserable de mí, ya no existe (1).»

Culpaba á los acontecimientos para excusarse á sí mismo.

Alentaba, sin embargo, grandes ambiciones, puesto que pretendía hacer la monarquía tan fuerte como nunca lo fuera en tiempos de sus predecesores; pero sacrificaba lo real á lo accesorio, la realidad del poder á la apariencia. Estaba muy penetrado de su grandeza, se aislaba de sus súbditos, comía en un espacio cerrado con balaustres, lejos de los espectadores, no se contentaba ya con el título de rey y tomaba de España (la nueva designación de Majestad, y determinaba de un modo más riguroso la etiqueta que viene á ser el culto de la religión monárquica. «Nunca fué la corte tan pródiga en honor y reverencia, escribían desde Lyon en 13 de septiembre de 1574, y no nos contentamos con idolatrar á las personas, sino también á las cosas inanimadas destinadas al uso de las mismas, como su cubierto y otros objetos análogos. Nunca fuimos tan ceremoniosos; no sé si es doctrina acarreada *ab ultimis Sarmatis* á nuestra Francia (2).» Fijó reglas para el acto de levantarse de la cama, y designó las personas que podrían presenciarse y las que podrían permanecer en su cámara cuando él entrase en su despacho para celebrar consejo. Muchos detalles de este reglamento estaban tomados del pasado; pero lo propio del nuevo reino era el cuidado de impedir la afluencia de gentes cerca del rey. Las audiencias, que, según el reglamento de Enrique III, debían celebrarse todos los días, quedaron

(1) Groen Van Prinsterer, *Archives de la Maison de Nassau*, 1.^a serie, Suplemento, pág. 230-231.

(2) Del fondo de la Sarmacia, es decir, de Polonia.

muy pronto limitadas á los lunes, miércoles y viernes, y durante las mismas el capitán de las guardias permanecía detrás del trono del rey para advertirle que había pasado la hora.

Enrique III logró mayor éxito del que deseaba, pues muchos señores abandonaron la corte, molestados por tanta ceremonias é irritados porque el rey, inaccesible para ellos, se encerraba con algunos camaradas de sus mismos carácter y aficiones. Catalina se alarmó y escribió á Enrique III una carta en la que comparaba el proceder suyo con el de Francisco I y Enrique II.

«Después de comer, á lo menos dos veces por semana, dad audiencia, que es cosa que contenta en alto grado á vuestros súbditos, y después retiraos ó venid á mis habitaciones ó á las de la reina á fin de que se conozca una especie de corte, que es cosa que agrada infinitamente á los franceses por estar á ello acostumbrados. Y luego de haber permanecido media hora ó una hora en público, retiraos á vuestro estudio, ó en privado, ó donde bien os parezca; y á las tres de la tarde id á pasear á pie ó á caballo á fin de dejaros ver y contentar á la nobleza, y pasad con ésta el tiempo en algún ejercicio honesto, si no todos los días, á lo menos dos ó tres veces á la semana; esto les contentará á todos mucho porque están acostumbrados así desde el tiempo del rey vuestro padre á quien amaban infinitamente; y después de esto, cenáis con vuestra familia, y después de cenar, dos veces por semana, dad baile porque he oído decir á vuestro abuelo que se necesitaban dos cosas para vivir tranquilo con los franceses, tenerlos alegres y ocuparlos en algún ejercicio; por esto era menester á menudo combatir á caballo y á pie, correr la lanza... (1).»

Esto era aconsejar, con gran talento, á su hijo que fuese enteramente para todos, verdadero rey, jefe de la nobleza francesa.

Mas Enrique III no hizo caso de estos consejos y continuó rodeándose de hombres que le eran personalmente adictos. Para estrechar los vínculos de esta clientela fué creada en 1578 (diciembre) la orden del Espíritu Santo, cuyos caballeros prestaron juramento en manos del monarca de consagrarse absolutamente á la persona real, de no aceptar pensiones, gajes ni empleos de ningún príncipe, de no salir del reino sin su permiso y de revelar todo lo que á su servicio importaba. En la lista de los 26 caballeros promovidos en 1.º de enero de 1579 no figura el nombre del duque de Guisa, y en ella encontramos al lado de grandes personajes algunas hechuras del rey.

Sus compañeros de placer fueron sus consejeros ocultos y siempre escuchados; y el Consejo de los negocios, en el que entraban los príncipes y el canciller, no fué más que un Consejo de registro, pues el rey con su madre ó el rey con sus favoritos adoptaba de antemano las resoluciones importantes. En las memorias de Margarita de Valois encontramos esta extraña designación: «Gombaudo, jefe del consejo de los favoritos.» De dos de éstos, D'Epernon y Joyeuse, quiso hacer Enrique III personajes importantes: el primero era un gascón va-

(1) Se ha dicho, contra toda verosimilitud, que esta carta había sido escrita á Carlos IX; Grün, *Vie publique de Montaigne*, 1855, pág. 183-197, ha demostrado que sólo podía haber sido dirigida á Enrique III.

liente, codicioso, ambicioso, brutal, que ejercía sobre el rey dominio suficiente para hacer frente á Catalina y desafiaba á los predicadores, á la casa de Guisa y á la opinión pública. El monarca les nombró á los dos duques y pares, casó á Joyeuse con la hermana de su esposa, soñó para D'Epernon con los más ilustres enlaces, les colmó de favores, de pensiones y de gobiernos y quiso elevarlos lo más posible á fin de servirse de su grandeza contra los Guisa.

II.—Reglamentos y ordenanzas

Enrique III legisló mucho; dictó muchas reglas sobre la composición del Consejo, la etiqueta de la corte, la organización de la orden del Espíritu Santo, y la policía de los mercados (noviembre de 1577) y del mar; ocupóse de la gendarmería, de la justicia, de la Universidad y de la Iglesia, y ordenó la creación de las maestrías «en todas las artes y oficios» y la supresión del trabajo libre en todas las ciudades y aldeas de su reino (diciembre de 1581). Por orden suya, Brisón, presidente del Parlamento de París, preparó el Código de Enrique III, compilación «de las Ordenanzas francesas reducidas á sumarios á la manera y según el modelo del derecho romano.» Esta actividad legislativa, que contrastaba con la impotencia de su gobierno, le valió el nombre de rey de la Curia.

En tiempo de los últimos Valois, los diversos servicios del Consejo del rey, políticos, judiciales, financieros, tienden á organizarse independientemente unos de otros: el «Consejo de las partes» y el «Consejo de la hacienda», que eran simplemente funciones ó, como se decía, «sesiones» del Consejo del rey ó Consejo privado, están en vías de convertirse en consejos distintos y autónomos. El Consejo privado tomó, á partir de 1578, el nombre de Consejo de Estado, y el Consejo de las partes, el de Consejo privado; pero aun no había diferencias entre los miembros de uno y otro, sino que todos eran consejeros del Consejo de Estado y privado. «El Consejo de las partes nunca llegó á romper los últimos vínculos que le unían al Consejo propiamente dicho.»

La independencia de la sección financiera se iba afirmando, pues las reformas de Francisco I y de Enrique II habían substraído á la oligarquía de los tesoreros y generales, para confiarlo al Consejo del rey, el cuidado de formular el presupuesto, de repartir el impuesto y de ordenar los gastos. Las más de las veces un miembro del Consejo quedaba particularmente encargado de la administración financiera: en los comienzos del reinado de Carlos IX, Artús de Cossé, barón de Gonnor, fué el primero que ostentó el título de «Superintendente de hacienda;» cuando hubo sido nombrado mariscal de Francia, una comisión organizada por el canciller de l'Hopital (febrero de 1566) y presidida por él, estudió las proposiciones que debían ser sometidas al Consejo en materia financiera. Esta comisión era un verdadero Consejo de hacienda cuyas decisiones habían de ser, sin embargo, ratificadas por el Consejo del rey. Enrique III, apenas subió al trono, suprimió aquel Consejo preparatorio de hacienda y nombró superintendente á Pomponne de Bellievre (1574); pero el reglamento de 11 de agosto de 1578 redujo casi á nada

el papel de la superintendencia y dió toda la competencia financiera al Consejo de Estado, el cual había de dedicar á los asuntos de hacienda dos sesiones por semana.

Hasta entonces los consejeros, según la suerte determinara los relevos, se ocupaban por series en los más diversos negocios; pero Enrique III concibió el proyecto de distribuirlos en cuatro secciones que entendían respectivamente de cosas de la Iglesia, de la gendarmería, de la justicia y de la hacienda (10 de diciembre de 1579). Este orden no subsistió mucho tiempo, pero la sección de hacienda se conservó y fué consolidada por el reglamento de 31 de mayo de 1582, que fijó en nueve el número de consejeros de la misma, teniendo aquella iguales atribuciones que el antiguo Consejo preparatorio del reinado de Carlos IX y representando, como éste, el papel de Consejo de hacienda. En 1585, Francisco d'O reemplazó como superintendente á Bellievre.

La organización de los Consejos no era, sin embargo, el asunto principal.

«Quiere y ordena Su Majestad que todos los que tendrán este honor de pertenecer á los dichos Consejo de Estado y privado, vayan en lo sucesivo vestidos, antes de que les sea permitido entrar ni asistir á dichos Consejos ni durante ellos, del modo y con el traje siguiente, sin los cuales trajes Su Majestad declara que no tendrán entrada, ni asistencia, ni voz deliberativa en dichos Consejos de ningún modo. Primeramente, desde el primer día de octubre al primer día de mayo, irán vestidos todos los de los antedichos Consejos, á saber: los eclesiásticos con sotana de terciopelo violeta carmesí, con mangas largas y estrechas y la capucha de tafetán del mismo color, excepto los cardenales, que podrán llevar la dicha capucha de tafetán carmesí, si quieren; los militares que lleven espada..., con larga capa de terciopelo violeta, abierta hasta abajo por el lado derecho, sujeta con un cordón de seda violeta, y dicha capa irá levantada por el lado izquierdo hasta más arriba del codo; y los nobles con túnica de la misma tela y color, con las mangas anchas, y el cuello de dicha túnica de la misma forma que han solido llevar los magistrados, y la capucha de tafetán negro; todos los cuales trajes estarán forrados de raso carmesí de color subido, sin más borde que el pliegue de dicho raso, con un espunte de seda carmesí.»

Esto del espunte tiene mucha importancia. Pero con el cambio de estación cambian también las telas.

«Y desde el primer día de mayo al primer día de octubre, irán vestidos todos los mencionados del Consejo, á saber: los eclesiásticos con sotana de raso violeta... (1).»

La cuestión del traje está tratada aún más minuciosamente en el reglamento de la Orden del Espíritu Santo.

La misma preocupación metódica de reglamentación encontramos en las Ordenanzas. El Edicto de marzo de 1584 en cien artículos era una revisión de las ordenanzas dictadas por los anteriores monarcas «en materia del almirantazgo para suprimir todo lo que ha caído en desuso y añadir lo que es necesario» para el

(1) *Ensayovent les règlements faits par le roi le premier jour de janvier mil cinq cens quatre-vingt-cinq*, «Archives curieuses», tomo X, págs. 348-349.

bien del rey y del público. Dicho edicto determinaba los derechos, el poder y la jurisdicción del almirante de Francia, duque de Joyeuse, y le atribuía el «conocimiento, la jurisdicción y definición de todos los hechos, contiendas, disputas, crímenes, delitos y maleficios» y otros casos cometidos «en el mar y en las playas del mismo» en tiempo de guerra, y «asimismo en materia de mercancías, pesquerías, fletamientos, ventas y restos de buques, pólizas de seguro y otras cosas cualesquiera que ocurran en el mar y en las playas del mismo.» Dictaba reglas sobre el derecho de presa, la pesca, la vigilancia de las costas, la conservación de los barcos, la responsabilidad de los armadores, los deberes de las tripulaciones y el derecho del capitán; el armador, en aquellos tiempos revueltos, había de dotar bien y debidamente á su barco de artillería, «balas, remos, picas, ballestas y otras armas, tablas, brea, alquitrán, clavos, clavijas, brújula, reloj, plomos y sondalezas y otros objetos que se necesita llevar en el mar para seguridad de dichos buques.» Hay algunas disposiciones interesantes. Los restos «y cosas del mar en tierra» eran adjudicados un tercio al salvador, un tercio al almirante y un tercio al señor de la costa, rey ó quien fuese, «á no ser que el mercader persiga su mercancía dentro del año y un día de la pérdida de la misma.» De los buques y mercancías «perdidos ó pescados á flote en el mar,» y generalmente de todo lo que fuese á parar al fondo del mar, correspondería una tercera parte al rey, otra tercera parte al almirante y otra á los que sacasen ó salvaran dichos buques, bienes ó mercancías. El Edicto autoriza el derecho de visita: los buques de guerra, al divisar un barco, pueden correr tras él é intimar á los marineros á que arrién las velas, y si se niegan á hacerlo «después de esta intimación, dispararles la artillería hasta obligarlos por fuerza.» No admite que el pabellón cubra la mercancía; la mercancía amiga encontrada en buque enemigo es buena presa; la mercancía enemiga encontrada en buque amigo es buena presa y el buque también.

Las leyes de Enrique III son mejores que sus actos. La gran ordenanza de Blois, motivada por las quejas de los Estados de 1576, no se publicó hasta 1579 «cuando no había artículo que no fuese pervertido, trastornado y corrompido por otros Edictos.» Como las demás grandes ordenanzas del siglo XVI, afecta á todos los ramos del gobierno, pero «en cambio, sólo toca en determinados puntos» á cada una de ellas: sus 363 artículos tratan sucesivamente del estado eclesiástico, de los hospitales, de las universidades y colegios, de la administración de justicia, de los empleos y de su reducción ó supresión, de la nobleza, de la organización de los militares, del patrimonio de la corona, de los subsidios y de los impuestos, de la conservación de los caminos, de los banqueros y comerciantes extranjeros, de la policía de las tabernas y de las elecciones municipales; es, por consiguiente, un programa de buenas intenciones.

Condena, al igual que las ordenanzas anteriores, la venalidad de los cargos, y fija las reducciones de empleos que hay que hacer en los parlamentos, en las cámaras de Subsidios, en los tribunales de Cuentas y en las asambleas presidiales. Falaces promesas ó, como dice Pasquier, edictos de ostentación. El rey comienza